

DANTZARI

ANTHON OBESO



TODAVIA, en las Magdalenas de 1974, y con ocasión de un homenaje que la Sociedad Ondarra tributó a los dantzaris veteranos del pueblo, Luis Arruabarrena, con sus 76 años entonces, subió al tablado y bailó su último aurreku en público. Y cumplidos los 80 años, y más, seguía bailando cada vez que en familia se festejaba algún acontecimiento feliz. No era necesario suplicarle demasiado. Luego, cuando los años le iban pudiendo, se limitaba a marcar en el espacio los pasos del aurreku, sencillamente, con la sonrisa en los labios, con un cierto gesto de impotencia reflejado en su rostro, como diciendo, ¡qué pena no poder hacer más!. El rito le podía, el rito de la dantza, el rito de la canción entonada en cualquier momento, pero, sobre todo, después de una comida o una cena celebrada, la costumbre de la charla amistosa siempre. Hombre de sentimiento religioso, arraigado en ideas tradicionales, fiel y respetuoso a las costumbres ancestrales, los de su generación le conocían con el apelativo cariñoso de «katto-liko».

En los tiempos de sus años mozos, cuando Rentería no era más que un pequeño pueblo donde todos se conocían, y que casi la única diversión consistía en, simplemente, relacionarse con los demás, Luis era de aquellos jóvenes que disfrutaban de la camaradería, jugando al mus o a la toka, mientras cataban la sidra de una y otra kupela, de las varias sidrerías que había en Rentería y Oyarzun. Un buen sagardo, una buena partida de mus, y una pugna a bertsos bien cantados, suponían para Luis el mejor recreo. Y en este tono se mantuvo siempre, ya que su pertinaz soltería le facilitaba la mayor libertad para llevar una vida abierta a la relación amistosa.

Por otra parte, feliz en el calor de su familia, donde se sentía cómodo y expansivo, influyó siempre en los más jóvenes de su entorno por el respeto a lo atávico y el amor al euskera.

ZAHAR

Su actividad laboral la desarrolló en la empresa galletera Olibet. Y fue también concejal en el Ayuntamiento.

Pero un hombre así, tan activo en el trato con los demás, y tan gustador de expresiones populares y expansiones amistosas, cualquiera diría no haber en Luis Arruabarrena capacidad para percibir la inquietud espiritual y la complacencia, por supuesto, que produce la soledad. Desde luego que sí. Pues Luis, en el fondo, era un solitario tenaz. Sabía prescindir de los demás y aislarse en actividades y actitudes en las que, únicamente, él podía sentirse a sí mismo.

Trabajar una huerta, cada vez que pudo disponer de un terreno por pequeño que fuere, cultivando sus tomates, sus cebollas, alubias, en fin, con la aitzura en las manos, era una faena que realizaba con entusiasmo. Una caña y un bote de zizares, suponían para él elementos de gran estima. No había erreka que no conociera. Si Hemingway, el autor del maravilloso relato de «El viejo y el mar», consideraba que el Cielo habría de ser una plaza de toros junto a un río donde pescar truchas, y pasar la eternidad entre ambas situaciones, o sea, viendo corridas de toros y pescando, es seguro que el escritor y Luis coincidirán siempre en la ribera, templando sus cañas y pescando sus truchas, compartiendo, alegres, la bota de vino y cantando después viejas coplas. A diferencia de Hemingway, Luis optaría por otra plaza; una plaza donde bailar el auresku.

Le placía caminar en solitario, pateando montes, vauadas y bosques. Eso es, andar y complacerse en la naturaleza. Se le conocía en los caseríos, donde se le acogía con familiaridad y se le recibía como a uno de casa. Sabía bien de los montes y límites que pertenecen al municipio. Y se expresaba con especial sentimiento por los bosques. Un árbol era para él como un ser muy próximo y querido, algo así como un hermano de la naturaleza. Llegaba al extremo de quedarse admirado ante un ejemplar, si por alguna característica extraordinaria le llamaba la atención, con evidente arrobamiento, como si mantuviera un cordial diálogo.

Claro está, Luis tenía su filosofía de la vida. Y este modo de pensar suyo se manifestaba con el simple hecho de preguntarle: «*Zer moduz?*» (1). A lo que contestaba, con la mejor de las sonrisas reflejada en su rostro: «*Osasuna badugu, Jaungoikuari ezker. Ez dugu ezer falta, ez apetito, ez eta lo lekuri ez. Ezerren kejarik ez dugu. Ze eskatuko dugu ba geihago?*» (2). Y no iba esta contestación exenta de un cierto guiño de picardía.

Tenía 89 años cuando el destino consideró citarlo. Se encontraba hospitalizado, atendido en sus últimos momentos por algunos de su familia. En la habitación, otro paciente, en la cama de al lado, un hombre de Oyarzun, comentó que ya conocía él a un renteriano, de quien hacía tiempo carecía de noticia alguna, pero del que se sentía muy agradecido pues en sus tiempos mozos le había enseñado a bailar el auresku; y mencionó el nombre de Luix Arruabarrena. Entonces, los familiares de Luis, le dijeron que la persona a la que se refería, el Luix Arruabarrena que en sus tiempos le enseñara la dantza, era aquel que estaba allí, casi tapado totalmente por la sábana, sin consciencia de la realidad. Entonces, el hombre de Oyarzun, impresionado, se incorporó al instante intentando reconocer a su maestro, no pudiendo dar crédito a lo que acababa de oír, mientras exclamaba: «*¡Baina, hori da Luix? Luix Arruabarrena al da bera?!*» (3). No pudiendo evitar la pena y el dolor en sus palabras pues había percibido ya, que su compañero de habitación, en aquella quietud, no podía estar nada bien.

No es posible saber si el viejo dantzari pudo oír la exclamación de sorpresa de su alumno, de su compañero de dantza, o si, contrariamente a ello, se encontraba ya disponiéndose a entrar en el más allá, cumpliendo qué rito, si entonando un bertso o bailando qué ancestral dantza.

Todavía, hace muy pocos años, una tarde de San Juan, en el campo, Luis, ante una hoguera, marcó unos pasos de auresku. Y, después, cuando el sol se ocultaba en el mar tiñendo de naranja el horizonte, junto con el grupo familiar, cantó ensimismado el «*Ilunabarra Eguzkia hasten da jaitsitzen, jaitsitzen ...*» (4).

El viejo euskaldun cumpliendo el rito.

(1) «*¿Qué tal está?*»

(2) «*¿Qué vas a decir! Tenemos salud, gracias a Dios. No falta el apetito. Tenemos un techo para dormir. ¿De qué nos vamos a quejar? ¿Qué más vas a pedir?*»

(3) «*¿Pero es él Luix?! ¿Es él Luix Arruabarrena?!*» (Luix, con x final, expresión de familiaridad)

(4) «*Anochece. El sol empieza a bajar, a bajar ...*»